



EL OBISPO DE JAÉN

HOMILÍA DEL DOMINGO IV DE PASCUA. C.C. - DOMINGO DEL BUEN PASTOR EN LA ADMISIÓN A LAS ÓRDENES SAGRADAS

Catedral Jaén, 11 de mayo de 2025

Celebramos el IV Domingo de Pascua, conocido como el **Domingo del Buen Pastor**, una jornada luminosa, que nos invita a contemplar a Cristo resucitado como a Aquel que da la vida por sus ovejas, que nos conoce, nos llama por nuestro nombre y nos conduce hacia la vida eterna.

En este marco pascual, celebramos también con alegría y esperanza la admisión a las Sagradas Órdenes de Daniel, Ángel, Juan Alfonso, Antonio José, Salvador y Víctor, seminaristas de nuestro Seminario diocesano de Jaén. Hoy dan un paso importante en su camino vocacional, comprometiéndose públicamente a prepararse para recibir un día el Sacramento del Orden.

Esta celebración, además, se enmarca en la **Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y la Jornada de Vocaciones Nativas**, con el lema *“Para el Señor, en los hermanos”*. ¡Cuánta gracia junta, cuánta vida nos regala hoy el Resucitado!

La Palabra de Dios que se ha proclamado, nos sitúa ante el misterio de la vocación cristiana como llamada a la vida eterna. El evangelio, según san Juan, nos ha mostrado el corazón de la misión de Jesús: *“Mis ovejas escuchan mi voz... yo les doy vida eterna”*. Jesús es el Buen Pastor que no abandona, no huye, no olvida. Él conoce a cada uno de sus discípulos y los conduce con ternura y firmeza hacia el Padre, Vida en plenitud. En Él se cumple la promesa definitiva: nadie puede arrebatarlos de su mano, porque su pastoreo es eterno y fiel.

El libro de los Hechos nos presenta a Pablo y Bernabé anunciando el Evangelio con valentía, aunque también con rechazo, con dificultades. Pero, esa es la dinámica apostólica: proclamar con fidelidad, aceptar la dificultad, y dejarse llenar de gozo y del Espíritu Santo. Es también un retrato del futuro que os espera, queridos seminaristas. Decía el Papa León XIV hace dos días a los Cardenales: *“Hablamos de ambientes en los que no es fácil testimoniar y anunciar el Evangelio y donde se ridiculiza a*

quien cree, se le obstaculiza y desprecia, o, a lo sumo, se le soporta y compadece... Este es el mundo que nos ha sido confiado, y en el que, como enseñó muchas veces el Papa Francisco, estamos llamados a dar testimonio de la fe gozosa en Jesús Salvador”.

La lectura del Apocalipsis nos ha abierto la ventana del cielo: una multitud incontable, de toda lengua y nación, adorando al Cordero. Allí los pastores se han hecho corderos con el Cordero, y ya no hay más hambre ni lágrimas. La vida eterna comienza aquí, y su plenitud está en Dios. Todo esto es posible por la victoria del Resucitado.

Queridos hijos: Daniel, Ángel, Juan Alfonso, Antonio José, Salvador y Víctor. En el camino hacia el sacerdocio, la admisión a las Sagradas Órdenes es un momento decisivo que marca un paso importante en vuestra vida. Este rito, no sólo tiene un profundo significado espiritual, sino que refleja un proceso de formación y transformación en el que la llamada de Dios, la respuesta personal del candidato y el reconocimiento de la Iglesia se entrelazan de manera inseparable.

Hoy, al ser admitidos a las Órdenes Sagradas, iniciáis una etapa más profunda de vuestra preparación, en la que os disponéis a vivir como siervos de Cristo y pastores del Pueblo de Dios. Iniciáis, en firme, lo que el Plan de Formación para los Seminarios Mayores llama “Etapa configuradora”, donde *“a partir de ahora la formación se concentra en el proceso de configuración del seminarista con Cristo, Pastor y Siervo, para que unido a Él, pueda hacer de la propia vida un don de sí para los demás”* (Formar Pastores Misioneros. Plan de formación sacerdotal. nº 306)

A través de esta admisión, la Iglesia confirma el propósito de cada uno de vosotros, y se compromete a acompañaros en el proceso de conversión y santificación que os llevará a recibir el ministerio sacerdotal.

En este rito vamos a vivir varios momentos muy significativos. Os invito a detenernos en ellos: La llamada a las Sagradas Órdenes es un acto profundamente divino. El Señor, a través de su Palabra viva y eficaz, os llama a cada uno de vosotros. Esta Palabra no es solo una invitación; es el mismo Cristo quien os llama, quien os conoce y, como Buen Pastor, os conduce hacia la vida eterna.

La respuesta a esta llamada es más que un acto humano; es un acto de gracia. Acogerla no significa simplemente oírla, sino dejar que su dinamismo transforme vuestra vida. A partir de ahora, la Palabra divina actúa en vosotros, creando las disposiciones y las capacidades necesarias para que podáis responder con generosidad a lo largo de toda vuestra vida.

Esta respuesta a la llamada de Dios es un "sí" que surge desde lo más profundo de vuestro ser. Es un acto libre y consciente, aunque movido por la Gracia. Al responder, no estáis simplemente aceptando un compromiso, sino que estáis dejando que Dios actúe en vosotros, que os moldee según su plan. Este "sí" es una respuesta que se va nutriendo durante toda la vida sacerdotal. No se trata solo de una preparación teológica o intelectual, sino de una disposición continua para que Cristo, el Buen Pastor, os configure a su imagen.

Posteriormente, la Iglesia os pregunta: "*¿Queréis completar vuestra preparación de modo que estéis aptos para recibir el ministerio sagrado?*", está invitándoos a reflexionar sobre el propósito de vuestra vocación. La respuesta "*sí quiero*" no es un simple asentimiento, sino un compromiso profundo y personal que implica una entrega total y un deseo constante de configurar vuestra vida a Cristo. Estas preguntas son un símbolo del compromiso mutuo entre vosotros y la Iglesia, recordando que tanto Cristo como su Iglesia están comprometidos con vuestro camino vocacional.

La segunda pregunta, "*¿Queréis formar vuestro espíritu para ser capaces de servir fielmente a Cristo y a su Iglesia?*", os invita a reflejar, ya en vuestra vida, ayudados por este proceso de formación, el ser sacerdotal como siervo de Cristo, que se entrega y se dona, tal como el mismo Cristo se entregó por todos. A través de esta respuesta, os comprometéis no solo a un servicio público, sino a una entrega radical a la voluntad divina, con una vida cada vez más configurada con Cristo crucificado.

Tras vuestra respuesta a estas preguntas, la Iglesia, como Madre, acepta con alegría vuestro propósito. No es solo un "sí" que pronunciáis, sino también un "sí" de la Iglesia que os acoge y os bendice. La aceptación de vuestro propósito es un reconocimiento de que Dios está llevando a cabo su obra de transformación en vosotros.

Finalmente, la bendición que vais a recibir es un acto de gracia que os prepara, de manera especial, para ser instrumentos en las manos de Cristo. Es una invitación a dejar que Él continúe formándoos para ser aptos para el noble ministerio al que estáis llamados.

Queridos jóvenes que hoy participáis en esta Eucaristía: hoy es la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, y esta celebración os interpela especialmente a vosotros. El mundo necesita médicos, ingenieros, abogados, artistas... pero también y, sobre todo, necesita pastores, personas que cuiden, que consuelen, que hablen de Dios y sirvan en su nombre. Jesús sigue llamando. Él no se ha cansado de buscar corazones generosos. Tal vez te llama a ti. ¿Has escuchado alguna vez esa voz? ¿La has silenciado por miedo o por comodidad? Hoy te dice: "Ven y sígueme". No tengas

miedo de dejarlo todo por Él. Te puedo asegurar que merece la pena vivir toda una vida entregada por el Evangelio. Y, también, te puedo asegurar que serás feliz.

La escasez de vocaciones no es porque Dios ya no llame, sino porque no siempre encuentra oídos disponibles, ni corazones dispuestos, generosos, valientes, auténticos. Os animo a todos a orar con insistencia, a hablar sin miedo de la vocación en vuestras familias, colegios, parroquias. A ti, joven que me escuchas: ¡abre el alma y tu corazón! ¡El Buen Pastor sigue llamando! No te cierres a su voluntad. Y te digo, uniéndome a las palabras del Papa León XIV: *“¡No tengáis miedo a aceptar la invitación de la Iglesia y de Cristo el Señor!”*

Queridos hermanos, hoy es un día de alegría y de esperanza. Cristo Resucitado sigue llamando, sigue pastoreando a su pueblo, sigue suscitando vocaciones. En medio de un mundo confundido, Él sigue regalando luz. En medio de un mundo herido, Él sigue enviando pastores según su corazón.

Permitidme, antes de finalizar estas palabras, que os manifieste mi agradecimiento por vuestra oración, cariño y felicitación, en este día en el que celebro mi sexto aniversario de Ordenación episcopal. Doy gracias al Señor por haberme llamado a servirle en este ministerio y por concederme la gracia de caminar junto a vosotros en esta hermosa tierra jienense, ya mi tierra. Como cada año en este día, con humildad, renuevo hoy mi “sí” confiado, pidiendo al Buen Pastor que me siga sosteniendo con su misericordia. Os pido que recéis por mí, para que nunca falten en mi vida la fidelidad humilde al Evangelio, la entrega generosa a los demás y la esperanza que nace de Cristo resucitado.

Continuemos la celebración dando gracias a Dios por Daniel, Ángel, Juan Alfonso, Antonio José, Salvador y Víctor. Como vuestro obispo, os pido que os forméis con seriedad, y como os decía hace unas semanas también en la “espiritualidad de lo pequeño”. Caminad siempre con humildad, que no os falte la alegría, y siempre vuestro servicio sea con amor. Caminad siempre en y con el Buen Pastor. Y que María, Madre del Buen Pastor, os guíe en este hermoso camino.

✠ Sebastián Chico Martínez
Obispo de Jaén